

El capitán Richard F. Burton

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Captain Sir Richard Francis Burton*  
En cubierta: *El explorador británico Richard Burton disfrazado de peregrino musulmán en Arabia*  
© North Wind Picture Archives / Alamy Stock Photo;  
marco de la composición de cubierta  
© Britt / iStock / Getty Images  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Herederos de Edward Rice, 2024  
© De la traducción, Miguel Martínez-Lage  
© Ediciones Siruela, S. A., 2024  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.  
Tel.: + 34 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-19942-17-3  
Depósito legal: M-31.487-2023  
Impreso en Cofás  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Edward Rice

EL CAPITÁN  
RICHARD F. BURTON

Traducción del inglés de  
Miguel Martínez-Lage

 Siruela

El Ojo del Tiempo

# Índice

Agradecimientos	11
Nota sobre las fuentes	13
Transcripciones y monedas	17

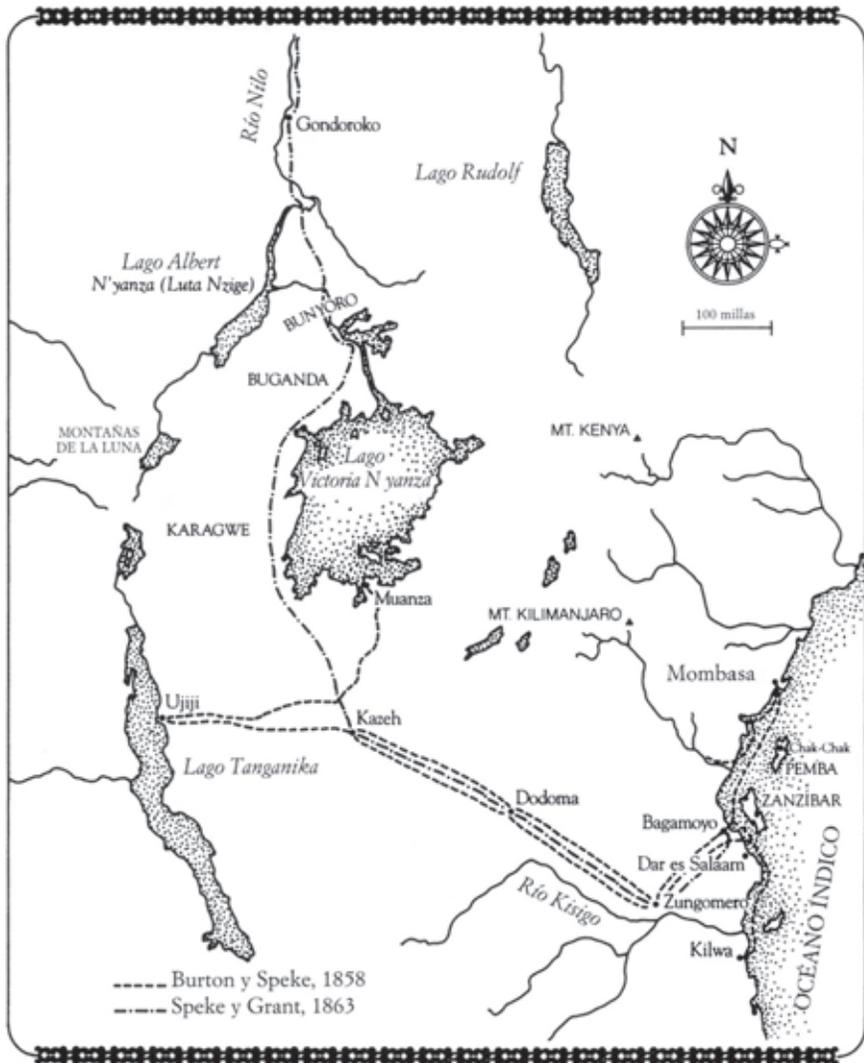
## EL CAPITÁN RICHARD F. BURTON

Introducción	23
1. El gitanillo	31
2. Inglaterra lúgubre y hollinosa, Francia asoleada	38
3. Entre verduleros	45
4. La gran partida	57
5. El grifón	63
6. La esposa de color	72
7. Los sacerdotes serpiente	86
8. El joven Egipto	103
9. Los asesinos	125
10. La corte real	132
11. El olor de la muerte	139
12. El sendero secreto	183
13. En busca de Camoens	192
14. La rosa mística	213
15. Daisy	227
16. El camino a La Meca	244
17. La tumba del profeta	268
18. La ciudad sagrada	274
19. «Ciudad de pérfida fama»	300
20. «Cabezas podridas»	348
21. El gran safari	358
22. «Mi rey y mi dios en esta tierra»	412
23. El lago Victoria	440
24. Santa Isabel	448

25. Noches nefastas	479
26. Brasil	492
27. El emperador y la emperatriz de Damasco	500
28. Trieste, tristeza	535
29. «Las mil y una noches»	571
30. Jardines perfumados	589
31. La quema de la viuda	604
Notas y fuentes	613
Bibliografía	619
Índice analítico y temático	630

*A Susanna*





# Introducción

Si el novelista más romántico de la época victoriana se hubiese sacado del caletre al capitán sir Richard Francis Burton, el personaje habría sido rechazado tanto por el público como por la crítica de aquella época racionalista, ya que lo habrían considerado excesivo, extremo, inverosímil. Burton fue el paradigma del erudito aventurero, un hombre que descolló por encima de los demás tanto en lo físico como en lo intelectual; fue militar, científico, explorador y escritor, aunque durante buena parte de su vida estuvo además comprometido en la más romántica de las actividades, la del agente secreto.

Burton nació en 1821 y murió en 1890; dicho de otro modo, vivió un periodo crucial en la historia de su país. La reina Victoria fue su soberana y Karl Marx fue su colega en la investigación, frecuentando las mismas salas de lectura de las grandes instituciones londinenses. La Revolución Industrial se hallaba en su apogeo, convirtiendo de hecho la campiña verdeciente que ensalzaron los poetas ingleses en montones de escoria y de miseria humana; las potencias europeas se habían repartido el mundo de mala manera entre diversas colonias, protectorados y esferas de influencia; los inventos que iban a cambiar el tono de la vida cotidiana empezaron a llegar en avalancha, y a medida que disminuyó ostensiblemente el grado de analfabetización de la población en general, toda clase de ideas —revolucionarias, intelectuales, científicas y políticas— impregnaron el mundo entero con la fuerza demoledora de una epidemia.

Burton fue único en todo momento, en cualquier reunión y con cualquier clase de compañía, salvo cuando se disfrazaba a propósito para trabajar como agente secreto entre los pobladores de aquellas tierras que iba absorbiendo la corona de su país. Con una estatura impresionante, cerca del metro noventa, ancho de pecho y nervudo, con «ojos de gitano», moreno y apuesto, su presencia era de una fiereza impresionante, y en su rostro destacaba la cicatriz producida por una herida de lanza que le fue causada en un combate contra unos bandoleros somalíes. Hablaba veintinueve lenguas y muchísimos dialectos, y siempre que fuese

menester era capaz de pasarse por nativo de varias regiones de Oriente; por ejemplo, se hizo pasar por afgano cuando realizó su famosa peregrinación a La Meca, por gitano entre las gentes que faenaban a orillas del Indo, por buhonero indescriptible y por derviche, por santón vagabundo cuando exploró diversas zonas del Sind, Beluchistán y el Punjab, siguiendo las instrucciones de su general. Fue el primer europeo que pisó el suelo de Harar, ciudad sagrada del este de África, aun cuando una treintena de blancos hubiesen sido expulsados o asesinados años antes. Fue también el primer europeo que encabezó una expedición al África Central en busca del nacimiento del Nilo, aventura tan osada y romántica por aquel entonces como iba a serlo viajar a la estratosfera siglo y medio más tarde.

Tales hazañas desvelan únicamente la «superficie» de Burton, si bien oscurecen la interioridad del hombre, un hombre de una complejidad, sensibilidad e inteligencia extraordinarias. Aunque fue uno de los particulares mejor conocidos en su época, y aunque gozase de especial popularidad entre el público, hubo ocasiones en las que llegó a ser un proscrito entre los suyos. Por sus opiniones sobre diversos temas —el deficiente gobierno de los ingleses en sus nuevas colonias, la escasa calidad y la abrumadora ranciedad de la educación universitaria, la necesidad de la emancipación sexual de la mujer inglesa, el fracaso del Gobierno a la hora de entender que los pueblos conquistados de todo el Imperio se hallaban permanentemente al borde de la revuelta— no era ni mucho menos probable que se granjease una cierta popularidad en su patria. Sus condenas del infanticidio y del comercio de esclavos tampoco iban a hacer de él una figura particularmente querida por los orientales y los africanos. Sus intereses de estudioso a menudo enfurecieron a los victorianos más recalcitrantes, pues no en vano escribió abiertamente sobre temas sexuales que, en opinión de aquellos, más valdría que se le hubiesen quedado en el tintero; por ejemplo, los afrodisiacos, la circuncisión, la infibulación, los eunucos, la homosexualidad. Llegó a esgrimir en privado algunas opiniones que hicieron montar en cólera a su esposa, Isabel, que fue por lo general una persona tolerante, pues Burton creía apasionadamente en la poligamia, práctica que consideraba un medio idóneo para reforzar la estabilidad de la familia, al aliviar la carga de las tareas domésticas, que de ese modo no recaerían sobre una sola mujer, aparte de paliar convincentemente los males derivados de la prostitución.

En la India, debido a sus raras creencias y a sus extrañas prácticas, sus colegas y oficiales del ejército de la Honorable Compañía de las Indias

Orientales le calificaron de «negro blanco» y le motejaron de «malvado Burton». (Él mismo se describía como un «bárbaro aficionado»). A edad muy temprana aprendió a guardar para sí ciertas opiniones e intereses, hasta llegar a ser un consumado maestro en una práctica de los musulmanes chiíes denominada *ṭaqīya* —es decir, el disimulo o el ocultamiento—, a tenor de la cual las creencias religiosas propias del individuo se mantienen ocultas frente a todos los demás. Tuvo además su faceta menos agradable, que por desgracia salió demasiadas veces a la luz pública, toda vez que podía llegar a mostrarse exacerbadamente intolerante para con otros hombres, así como brutalmente sarcástico, reflejando hasta extremos insospechados los prejuicios populares contra los negros, los judíos o los asiáticos. Ahora bien, comprendió a la perfección los perniciosos efectos que iba a surtir la occidentalización entre las diversas poblaciones indígenas, y advirtió en reiteradas ocasiones acerca de esta amenaza, aparte de mostrar una enorme simpatía por la raza árabe en general y en particular por los habitantes del desierto que denominamos con excesiva vaguedad beduinos. Además, sus comentarios acerca de sus compatriotas ingleses destilaban un intenso esnobismo, en una época en la cual la conciencia de clase era un hecho cruel y evidentísimo para cualquier observador.

La vida adulta de Burton transcurrió en una incesante búsqueda en pos del conocimiento secreto que él mismo calificó genéricamente de «gnosis», mediante el cual aspiraba a desvelar la auténtica fuente de la existencia y el sentido del papel que había de desempeñar en la tierra. Esta búsqueda le condujo a investigar la cábala, la alquimia, el catolicismo romano, una casta hindú de las más arcaicas que existen —llamada «de las serpientes»—, así como la Vía erótica denominada tantra, tras lo cual sondeó en las profundidades de las creencias sijs y probó diversas variantes del islamismo antes de optar definitivamente por el sufismo, una disciplina mística que desafía todo calificativo tendente a la simplificación. Practicó con más o menos fidelidad las enseñanzas sufíes durante el resto de su vida, constantemente en pos de las cumbres místicas que se mantienen inaccesibles para todos los humanos, salvo para un puñado de elegidos, que los musulmanes definen como *Insān-i Kāmil*, el Hombre Perfecto, que ha logrado alcanzar las más hondas metas espirituales.

Burton erigió a su alrededor una muralla tan formidable, sobre todo mediante la *ṭaqīya*, que sus intereses religiosos han sido prácticamente ignorados. Pasó varios años en medio de una secta chií, los ismaelíes, que fueron un movimiento mesiánico en otro tiempo formidable, cuyos

excesos en el pasado dieron al mundo entre otros frutos la palabra *asesino*. Sin embargo, su compromiso más sensato y prolongado a lo largo de su vida con las enseñanzas del sufismo merece un estudio más pormenorizado. A juzgar por las bibliografías de las obras de erudición que versan sobre el islam, Burton fue el primer occidental que escribió para el público en general acerca del sufismo, solo que en calidad de experto conocedor de la materia, aun cuando su compromiso siga siendo un paréntesis en blanco dentro de las biografías que sobre su persona se han escrito en este siglo y en el siglo pasado. El islam preside los escritos que salieron de su pluma durante los últimos quince años de su vida; hizo además varias afirmaciones en tono elegíaco acerca de lo que él llamaba «la Fe Salvadora» que hoy en día ya no pueden pasarse por alto.

Aun entonces descubrió otros intereses esotéricos que iba a dedicarse a investigar: el espiritismo, la teosofía, las doctrinas de Hermes Trismegisto e incluso la percepción extrasensorial. (Burton fue en efecto el primer autor en emplear esta locución, «percepción extrasensorial»). A pesar de sus investigaciones privadas, a menudo se mostró burlón y escéptico, sobre todo en lo que atañe a la religión organizada, y se debatió de continuo con el problema de la existencia de Dios.

Más allá de todo esto hay que tener en cuenta sus investigaciones acerca de los usos y costumbres de los pueblos primitivos o semibárbaros, pueblos que en algunos casos han desaparecido hoy de la faz de la tierra; hay que tener en consideración la vastedad de sus conocimientos sobre diversos pueblos indígenas. Fue un auténtico pionero en los estudios etnológicos, y puede incluso parangonarse con el gran estadounidense Lewis Henry Morgan (*La liga de los iroqueses*, 1851), aunque la contribución científica de Burton solo ha sido debidamente reconocida hace bien poco tiempo. Quizá, tan importante como cualquier otra de sus ocupaciones fue su papel en lo que más tarde habría de llamarse la «Gran Partida», según expresión que popularizaría Rudyard Kipling en *Kim*.

En la Gran Partida invirtió Inglaterra gran parte de sus energías a lo largo del siglo XIX. La competición que se había desencadenado entre las potencias europeas, competición centrada en el dominio de Asia y el Oriente —por razones primordialmente económicas—, terminó por convertirse en una pugna entre Rusia y Gran Bretaña, pugna librada sobre todo en secreto, aunque a veces dirimida mediante acciones militares, que tendría por premio el dominio de una amplísima región del mundo situada al este del Canal de Suez.

El papel que desempeñó Burton dentro de la política colonial de su país fue de suma importancia, aunque se haya definido defectuosamente. Nunca escribió con claridad sobre estas cuestiones, aunque sí ha sembrado de claves algunas de sus obras —sobre todo sus crípticas referencias al uso de «los fondos del Servicio Secreto» en el derrocamiento de ciertos caudillos nativos o al «lado oculto» de las grandes victorias militares—. Algunas de sus exploraciones trajeron consigo consecuencias cruciales en la época, como es el caso de su participación, en la década de 1840, en una trama destinada a derrocar al sah de Persia. No en vano fue uno de los agentes que contribuyeron de forma decisiva a poner con firmeza bajo el control británico las provincias del Sind, el Beluchistán y el Punjab occidental. (Hoy en día forman las tres el moderno estado de Pakistán). Fingiendo ser un simple aficionado a las investigaciones arqueológicas, exploró asimismo ciertas zonas de Palestina, del Líbano y de Siria, que su Gobierno consideraba dignas de ser expropiadas a quienes entonces detentaban su dominio. Hubo otras zonas que, prácticamente por cuenta propia, exploró para Inglaterra, para sugerir a continuación la toma por la fuerza de estas zonas. En la entrada «Burton» de la *Encyclopaedia Britannica* (en su undécima edición, de 1911), entrada que parece cuando menos un tanto acerba, Stanley Lane-Poole, uno de los «enemigos encubiertos» más acérrimos que tuvo Burton en vida, intentaba señalar —sin llegar a revelarlos— ciertos secretos de Estado relativos a que «las exploraciones de Burton por el este de África tuvieron por objeto zonas que desde entonces han sido de peculiarísimo interés para el Imperio británico», insistiendo en que sus ulteriores exploraciones «por el extremo opuesto de África, por Dahomey, Benin y la Costa de Oro... se hicieron por territorios que también han pasado a formar parte de las “cuestiones” imperiales del momento».

En Oriente, la religión y el sexo no son ni mucho menos incompatibles, al contrario de lo que tan a menudo sucede en Occidente. En sus escritos, Burton desveló determinados puntos de vista en materia sexual en los cuales la Inglaterra victoriana desde luego no se atrevió a entrar. Insistió inflexiblemente en que las mujeres gozan con el sexo tanto como los hombres, en una época en la cual a las novias victorianas se les decía, a las puertas del matrimonio, que su deber era «yacer, estarse muy quietas y pensar en el Imperio». Burton tradujo unas cuantas obras que hoy en día son clásicos en su género, obras que contribuyeron a poner en

boga nuevas actitudes respecto al sexo en todo el mundo occidental. Sus versiones, acompañadas con la sustancia de sus propias opiniones y experiencias, profusamente anotadas, de obras eróticas tales como el *Ananga Ranga*, el *Kama Sutra* (cuyo descubrimiento hay que atribuírselo a él), *El jardín perfumado* e incluso sus *Mil y una noches*, llevan al lector a contemplar que, desde el punto de vista de Burton, el sexo, para hombres y mujeres por igual, nada tenía que ver con un incómodo deber que hubiese contraído el ser humano para con la propagación de la especie, ya que constituye un placer que ha de gozarse con entusiasmo y vivacidad.

Bajo la implacable energía física e intelectual de Burton existió casi en todo momento un intenso tumulto interior. Sufrió a menudo de serios brotes depresivos, y fue adicto a diversas drogas. El cannabis y el opio fueron sus principales vías de escape, y llegó a experimentar con narcóticos menos conocidos, como el khat, del cual se dice que surte efectos priápicos. A comienzos de su madurez llegó a tal grado de alcoholismo que su trayectoria profesional quedó en entredicho. Consiguió librarse de sus adicciones y sus dependencias, y logró pasar los últimos años de su vida totalmente alejado de los narcóticos y del alcohol, aunque para entonces su salud hubiese quedado seriamente resentida por tantos excesos. Su interés por el sexo llegó a ser en cierta etapa de su vida prácticamente una obsesión incontrolable, aunque después de contraer matrimonio parece haber sido enteramente fiel a su esposa.

Su matrimonio es en efecto otra de sus facetas que no ha sido plenamente estudiada. En una época en la que en Inglaterra a los católicos se los tenía por ciudadanos de segunda categoría, aun cuando se hubiesen aprobado las leyes conducentes a su emancipación en pie de igualdad con los fieles anglicanos, contrajo matrimonio con una católica inglesa, Isabel Arundell; para su familia y sus coetáneos, aquella boda fue como si hubiese desposado a una mujer extraída de lo más profundo del África tribal. Su matrimonio constituye de ese modo un intento por forzar la ruptura de barreras más formidables que los desiertos, los nómadas beduinos que se encontró de camino a La Meca o los pantanos infestados de miasmas que atravesó en África Central. La Inglaterra victoriana se mostró continuamente fustigadora y vituperante sobre la persona de lady Burton; los prejuicios que la rodearon entonces aún se dejan sentir en ciertos ecos de sus propios escritos acerca de su marido. Sin embargo, de aquel enlace que tan peligroso pareció en principio para ambos cónyuges, resultó un matrimonio sólido y feliz, que requiere una consideración distinta de las realizadas hasta la fecha.

Burton fue un gran narrador, pero escribió muy pocas páginas acerca de su persona, salvo en términos crípticos y con un estilo llamativamente desapegado —era en efecto una persona muy celosa de su intimidad—, como si el intenso y más recóndito sentido de las aventuras que padeció estuviese destinado a permanecer para siempre en el seno de la tradición oral, sin que nadie pudiera ponerlo por escrito. Es de lamentar que muy pocas de estas historias se llegasen a recoger, que sus amigos no tomaran nota de todas ellas. Isabel Burton llegó a expresar su deseo de que su marido hubiese escrito una novela acerca de su propia vida, cosa que él nunca llegó a hacer. «Al principio pensó que un libro de tal índole nunca encajaría dentro de los criterios morales de Mrs. Grundy [la mítica encarnación de la censura británica], y dio en pensar que siempre podría retener a un escogido grupo de amistades a su alrededor hasta el amanecer, contándoles sus deliciosas experiencias, mientras que por escrito, y menos aún en letra impresa, estaba convencido de que no podría nunca hablar de sí mismo».

A pesar de ello, Burton ha sido un personaje muchas veces biografado, aparte de haber servido de base para ciertos personajes de ficción. El propio Rudyard Kipling lo retrató al menos en dos ocasiones, una en el personaje de Strickland que figura en el relato titulado «El criado de miss Youghal», y otra, aunque más vagamente, en el coronel Creighton, el misterioso agente británico que aparece en *Kim*; ciertos matices de Burton pueden detectarse también en Lurgan, el extraño tendero. *Kim* está repleto de anécdotas que suenan tal como si Kipling las hubiese oído directamente de labios de Burton o de los amigos de Burton, y su descripción de Strickland en el relato mencionado responde punto por punto a la de Burton, hasta en sus últimos detalles, aparte de estar basada en el retrato de «un joven oficial inglés» (que es el modo en que Burton gustaba de referirse a sí mismo) que figura en uno de los libros de viajes escritos por Burton, *Goa, and the Blue Mountains* [Goa y las montañas azules], escrito a partir de las notas que había tomado en la India a lo largo de la década de 1840.

La descripción de Strickland da cuenta virtualmente en su totalidad de Burton tal y como era en su época de la India: «Un sujeto callado, moreno, joven... soltero, de ojos negros... que, cuando no se daba a pensar en otras cosas, podía ser un compañero interesantísimo». Strickland «mantenía la extraordinaria teoría» de que un oficial en la India «debería intentar por todos los medios saber acerca de los nativos tanto como los nativos mismos».

Siguiendo al pie de la letra su absurda teoría, se metía por desabridos lugares, que ningún hombre respetable que estuviera en sus cabales se habría dignado a pisar, siempre entre el continuo rirrafe de los nativos. Se educó de esta peculiar manera por espacio de siete años, lo cual nadie llegó a apreciar. Andaba perpetuamente husmeando entre los nativos, actividad en cuya utilidad no puede creer ningún hombre que se precie. Se inició en el Sat Bhai [los Siete Hermanos, un culto hindi y tántrico] en Allahabad mientras estuvo de permiso; conocía la Canción del Lagarto de los sansíes, y también la danza del Hálli-Hukh, que es una especie de cancán religioso del más asombroso jaez. Y es que si un hombre llega a conocer cómo se danza el Hálli-Hukh, y dónde y cuándo, sabe algo de lo que puede estar orgulloso. Ha profundizado a fondo... En cierta ocasión, en Jagadhri, contribuyó en la Pintura del Toro de la Muerte, actividad a la que jamás debiera dedicarse ningún inglés; había llegado a ser un maestro en la jerga que utilizan los ladrones de los *chángars*; había capturado él solo, cerca de Attock, a un eusufzai que robaba caballos; se había plantado bajo el dosel de una mezquita en la frontera y había conducido los servicios religiosos a la manera de un *mollah* sufí.

Su logro definitivo estuvo en haber pasado once días como faquir o sacerdote en los jardines de Baba Atal, en Amritsar, investigando las pistas del gran caso del asesinato de Nasíban... La solución del caso del asesinato de Nasíban no le hizo ningún bien dentro del escalafón; ahora bien, tras su primer brote de cólera regresó a su bizarra costumbre de investigar a todas horas la vida de los nativos. Cuando un hombre llega a desarrollar un gusto por esta clase de entretenimientos, dicho gusto le ocupa ya todos los días de su vida. Es una de las cosas más fascinantes de este mundo... Cuando otros oficiales se marchaban durante diez días a descansar en las Colinas, Strickland aprovechaba sus bajas y permisos para dedicarse a lo que llamaba *shikar* [la caza], disfrazándose tal como le viniera en gana en ese momento, para internarse por entre la muchedumbre de color, que lo engullía durante una temporada.

En resumidas cuentas, «los nativos aborrecían a Strickland, pero les infundía verdadero miedo. Sabía demasiado».

## El gitanillo

El padre de Richard Burton, Joseph Netterville Burton, fue todo un *gentleman* en una época en la que el título de *gentleman* era sumamente apropiado y exacto, por no haberse desvirtuado aún su sentido. Tuvo el rango de teniente coronel en el ejército británico, y en su hoja de servicios figuraban varios años de servicio activo en el ejército de Su Majestad. Aun cuando sus ancestros fuesen ingleses, había nacido en Irlanda, ya que su padre, el reverendo Edward Burton, fue rector de la Iglesia anglicana en Tuam y terrateniente en dicho condado. Este hecho propició el que a Richard a menudo se le haya motejado de «irlandés», aunque en realidad careciese de todo rastro de sangre irlandesa en sus venas. El reverendo Burton contrajo matrimonio con Maria Margaretta Campbell, la cual, caso de ser ciertas las románticas historias de la familia, descendía de un hijo ilegítimo de Luis XIV, rey de Francia, habido de una de sus amantes, la hermosa condesa de Montmorency, apodada por cierto la Belle.

El árbol genealógico de los Burton contaba entre sus ramas con un obispo y un almirante. Por espacio de unos años hubo incluso un baronazgo de Burton, pero el título cayó en desuso, y después ningún miembro de la familia pudo rehabilitarlo. Aunque el apellido Burton era entonces común en Inglaterra, se trataba además de un apellido muy propio de gitanos y romaníes; por si fuera poco, casi todo el mundo se mostró de acuerdo en que Richard Burton tenía de pequeño la presencia física que se suele atribuir a los gitanos. Sus interminables idas y venidas las consideraron sus admiradores, quienes jamás habrían tolerado la presencia inmediata de un gitano de pura cepa, como muestra distintiva de su ascendencia gitana.

La trayectoria militar de Joseph Burton transcurrió en escenarios relativamente placenteros, sin demasiada actividad profesional. Ingresó en el ejército siendo tan solo un adolescente, en la época en que se llamó a filas a los voluntarios que desearan combatir contra Napoleón; por entonces, quienes trajeran consigo cierto número de hombres recibían además una comisión. «De este modo, mi padre fue oficial del ejército a los diecisiete años, edad en que más le valdría haber seguido asistiendo

a la escuela», dice Burton. El joven oficial fue destinado a Sicilia, isla en la que, contra los deseos de la población local, se mantuvo entre 1806 y 1814 una guarnición británica con el objeto de mantener con vida a una renqueante monarquía borbónica, gracias sobre todo a los subsidios llegados del extranjero y a la presencia dominadora de dicha guarnición.

En 1814 las tropas británicas pasaron a la península, invadiendo Livorno con ayuda de las propias tropas sicilianas; desde allí continuaron hasta Génova, ciudad de la cual fue nombrado alcalde el coronel Burton. Entró de corazón en la vida social de la ciudad. Por entonces, uno de los astros en torno a los cuales giraban sin cesar los oficiales británicos era la infortunada princesa Carolina, esposa del príncipe de Gales, que más adelante iba a ser coronado como Jorge IV, ampliamente tildado de infame y libertino, y conocido por ser «el más cabal canalla y sinvergüenza de toda Europa». Aquel no fue ni mucho menos un matrimonio feliz, y Carolina fue enviada a Italia con objeto de que se convirtiera en la estrella de una sociedad cuya conducta era considerada habitualmente y sin paliativos de «escandalosa». Se rumoreaba por ejemplo que la propia Carolina cometía de continuo adulterio con un tal Bartolomeo Bergami. En Génova, tal como escribió Burton, «era tanta la amabilidad que mostraba para con los oficiales que estos estaban de antemano predisuestos en su favor». Al acceder Jorge al trono, ya en 1820, dio orden de que a Carolina de ninguna manera se la aceptase como reina, e inició el proceso de divorcio en la Cámara de los Lores; la acusación, cómo no, fue de adulterio. El coronel Burton fue requerido para que tomase parte en el juicio en calidad de testigo en contra de la reina consorte, pero se negó a testificar. Este acto de galantería iba a resultar muy costoso para Joseph Burton. El primer ministro, el duque de Wellington, lo relegó del servicio activo y decretó que solo percibiría media paga. La negativa del coronel a la hora de comprometer el honor de una mujer afectó incluso a sus hijos: Richard iba a quejarse más tarde de que tuvo que iniciar su vida de militar como un simple cadete de la Compañía de las Indias Orientales, y su hermano Edward solo pudo inscribirse en un regimiento de infantería, mientras que sus primos ingresaron en la Guardia y en otros cuerpos de elite más de moda dentro del ejército de la reina.

Mientras se prolongó el proceso contra Carolina, el coronel Burton se desplazó a Irlanda para comprobar el estado en que se hallaban las tierras de la familia. Y se las encontró en una aterradora situación. Convocó a los arrendatarios y, después de que todos ellos le dieran caba con arreglo a la costumbre de la época, como diría después su hijo, les

indicó que en lo sucesivo iba a ser menester que pagasen los arrendamientos con la debida puntualidad. El único resultado puntual fue que empezó a ser blanco de más chacotas, pullas y burlas colectivas que de costumbre. Con ello, el coronel decidió renunciar al juego, dispuesto a que los asuntos siguieran su curso natural.

Sin embargo, el regreso del coronel a Inglaterra no supuso una pérdida absoluta, ya que encontró novia. Se llamaba Martha Baker, y los esponsales se celebraron pronto y debidamente. «Tal como suelen hacer los hombres más apuestos», dice Richard Burton de la boda de su padre, «se casó con una mujer sencilla», y «los vástagos del matrimonio, tal como se dice popularmente, salieron a la madre». Esta modestia respecto de su madre no es mera reticencia filial. Hubo quien dijo por entonces que ella era «una mujer educada, aunque muy simple». Según otro punto de vista, era «una mujer delgada y delicada, de buena familia».

Fueran cuales fuesen los ancestros de Martha Baker, lo cierto es que a su familia no le faltaba el dinero. Aportó al matrimonio una dote de 30.000 libras esterlinas, suma extremadamente generosa para la época, si bien su padre ató en corto la dotación, de tal modo que fue satisfecha a plazos. Este resultó ser un gesto afortunado, toda vez que el coronel se portó en todo momento como un especulador sin miramientos, por no decir como un manirroto, dándose a muy diversas y aventuradas empresas.

Del matrimonio nació un primer hijo en el momento esperado. El niño fue bautizado Richard Francis Burton, nombres tomados del padre de Martha y del hermano de su padre. La criatura nació el 19 de marzo de 1821, «festividad de san José», según posterior anotación de Richard Burton. El bebé era pelirrojo, tenía los ojos azules y la tez muy clara, si bien a medida que fue creciendo desaparecieron estos rasgos anglosajones para ceder paso a los famosos «aire de gitano y ojazos de gitanillo».

Tras los problemas y los roces habidos con sus arrendatarios irlandeses, tras la reducción de su paga, la vida en Inglaterra no ofrecía el menor atractivo al coronel Burton. Comoquiera que su mujer disponía de una fuente fija de ingresos regulares, comoquiera que no tenía gran cosa que hacer, salvo dedicarse a los experimentos de química a manera de pasatiempo, el coronel, que era además asmático, decidió marchar al extranjero poco después del nacimiento de su primogénito. El aire limpio y seco del valle del Loira ofrecía un tremendo atractivo. Tras embalar debidamente sus pertenencias y efectos domésticos, el coronel Burton se trasladó con su esposa y con su hijo recién nacido al valle del Loira,

y alquiló un pequeño *château* en Tours, población en la que existía una reducida colonia inglesa y una escuela inglesa. La ciudad era pintoresca y atractiva, como iba a recordar Richard Burton más adelante; el clima era saludable, la caza propicia, la vida barata y las gentes de la zona, a pesar de la derrota de Napoleón en Waterloo, amistosas.

En Tours, los pulmones de Joseph Burton experimentaron una rápida mejora. Allí nacieron del matrimonio Burton otros dos hijos, Maria Catherina Eliza en agosto de 1823 y Edward Joseph Netterville en agosto de 1824. Con ocasión del nacimiento de Edward, la familia regresó en pleno a Inglaterra, donde fueron bautizados el benjamín y Maria, en la parroquia de Elstree.

La vida de los hijos de los Burton fue en Francia, al principio, un culmen de placenteros juegos infantiles: los pasteles de manzana («admirables», iba a recordarlos Burton) en la pastelería de madame Fisterre; las uvas recién cogidas de las parras; con buen tiempo, los juegos con los animales del arca de Noé a resguardo de los setos del jardín; los juegos con las colas de los caballos, por las que llegaban a trepar hasta el lomo de los animales, y la recolección de conchas de caracol o la recogida de las primulas en los pastos, o los juegos con los tres pointer de la hacienda, llamados Juno, Júpiter y Pongo.

Los niños quedaron más o menos al cargo de los criados, mientras los padres se dedicaron al disfrute de la colonia inglesa. No había esnobs por entonces, iba a recordar Burton años después, si bien la comunidad de Tours era intensa y patrióticamente inglesa. Amén de ser intensamente protestantes en un país mayoritariamente católico, los ingleses eran sumamente nacionalistas. «En aquellos tiempos, a cualquier inglés que rechazase batirse en duelo con un francés se le condenaba al ostracismo», dice Burton. «Las inglesas jovencitas que flirteaban con extranjeros eran despreciadas por aquellos ingleses que habían residido en países de mayoría negra. Las mujeres blancas que hacen estas cosas pierden de inmediato su casta».

La enseñanza solamente se impartía al azar. El propio coronel Burton no había pasado de adquirir un elemental barniz en esto y en aquello, y aunque esperase mucho más de sus hijos, la educación de los suyos nunca se realizó con la diligencia que habrían exigido los padres de las generaciones ulteriores. De todos modos, el pequeño Richard empezó a estudiar los fundamentos del latín a los tres años de edad. A los cuatro se le proporcionó una gramática de griego. (Él creyó que estaba destinado a ser «ese desdichado fenómeno, el niño prodigio»). Luego terminaron bruscamente los años de los juegos apacibles. Una mañana, los niños

descubrieron sus libros de texto amarrados con una correa. Richard y Edward fueron introducidos en un carricoche que los llevó a una escuela de la ciudad, una escuela que dirigía un expatriado irlandés apellidado Clough. Parece ser que se trataba de una escuela muy pequeña a la que asistían por igual niños ingleses y franceses que se apiñaban en los pupitres desvencijados, sucios de tinta, con un maestrescuela que solo parecía satisfecho cuando los padres de los alumnos andaban a mano. Un buen día, Clough se dio a la fuga por no poder hacer frente al pago de sus deudas, y fue sustituido por su hermana; esa fue toda la experiencia escolar formal que tuvieron ambos hermanos en el extranjero. Luego les tocó en suerte un tutor llamado John Gilchrist, muy aficionado por lo visto a la palmeta y a la vara, que iba a enseñarles dibujo, danza, francés y música, materias todas ellas necesarias para los caballeros y las damas del siglo pasado. Sin embargo, la asignatura predilecta de los muchachos eran las armas ya casi desde que aprendieron a andar; a los dos les dieron pistolas de muelle y espadas de madera y de estaño.

Richard manifestó muy pronto una cierta inclinación a la violencia. A los cinco años de edad quiso matar a un mozo de cuerda porque se había reído de sus armas de juguete. El coronel contrató a varios hombres y mujeres para que se encargasen de disciplinar a sus hijos, trabajo bastante desagradecido. «De chicos nos convertimos en dos perfectos diablillos, y practicábamos toda clase de travesuras a pesar de los bastonazos. Acabábamos con la paciencia de nuestras *bonnes*, habitualmente incordiándolas hasta decir basta». Cuando una de estas cuidadoras recién contratada se llevó a los Burton de paseo, dieron con ella por tierra y se pusieron a dar brincos sobre sus ijares.

Había un aire de violencia por doquiera. En ciertas ocasiones, Gilchrist les pegaba con una regla de madera en las yemas de los dedos. Las peleas estaban prohibidas entre los niños franceses, pero tanto estos, por lo general hijos de campesinos, como los ingleses, peleaban de continuo. Los Burton se enfrentaban a estos chavales franceses de arrabal con palos o a pedradas, a puñetazos o con bolas de nieve. «Nuestro padre y nuestra madre no tenían gran idea de cómo gobernar a sus propios hijos», dice Burton. Richard tenía un temperamento malhumorado, y era tosco y zafio de modales; como dice su sobrina, Georgiana Stisted, era «más travieso que un mono», si bien «adoraba a su madre». A pesar de su tosquedad, «en su natural había algo afable. Le encantaban los animales de toda especie, y siempre intentaba rescatar y curar a los animalillos moribundos». En pocas palabras, según escribe su sobrina, sus

parientes lo tenían por «un liante, un niño repelente que andaba a todas horas buscándose problemas», si bien era además «uno de los chicos de corazón más generoso que jamás han pisado la tierra».

A Gilchrist no le faltaba un ramalazo ligeramente sádico. Un día se llevó a sus tres pequeños pupilos para que fueran testigos de cómo guillotinaban en la plaza pública a una mujer que había envenenado a sus hijos. Les indicó a los Burton que se tapasen los ojos cuando iba a caer la guillotina, pero, como es natural, ninguno obedeció sus instrucciones; la imagen de la cabeza desgajada del cuerpo no dio lugar a ninguna pesadilla, sino que inspiró a los niños a jugar con una guillotina de mentirijillas.

Ahora bien, habrían de llegar las pesadillas. Burton tuvo en su infancia algunas muy persistentes, que habrían de reproducirse en su madurez. En Sind, el territorio salvaje próximo a las montañas de Beloch, llegó a un paraje encantado según las leyendas locales por un Rostro Gigantesco, «los restos de un mago pagano cuya cabeza permanecía incorrupta mientras que su cuerpo se consumía en las llamas del averno», y esto le recordó aquellas persistentes pesadillas de su niñez.

Cuando la nodriza os abandonaba en los horrores de un dormitorio enorme y negro ¿no habéis visto nunca un rostro que hace muecas y se aproxima hacia vosotros desde el remoto vértice de un cono descomunal que se encuentra ante vuestros ojos cerrados... y que avanza paulatinamente, inexorablemente, y a pesar de vuestros denodados esfuerzos sus rasgos monstruosos se acercan tanto a los vuestros que podéis sentirlos con toda claridad? Luego, de repente, comienza a alejarse de nuevo, se ausenta, disminuye hasta que no queda a la vista nada más que las negras cuencas de los ojos, que también terminan por desaparecer para regresar después con todo su terror. Si lo habéis visto, probablemente entendáis a qué me refiero al decir que esto [el Rostro Gigantesco] es una poderosa y muy difundida superstición.

E incluso más adelante, a los cincuenta y nueve años de edad, en su elegía titulada *The Kasidah* [La cáside], habla del «negro fantasma de nuestros temores infantiles».

De niño, Burton se enorgullecía de su estoicismo. Era capaz de aguantar un dolor de muelas sin quejarse; el problema solamente traslucía debido a la hinchazón de su mejilla. Tenía ideas un tanto ambiguas respecto de la contención y el dominio de uno mismo. ¿Era capaz de contemplar fijamente el azúcar y la nata sin ceder al deseo de comérselos? ¿Hasta qué punto llegaba su dominio de sí? Era capaz de contemplar largo rato

aquellas golosinas, diciéndose: ¿tendré el valor de no probarlas? Lo tenía, en efecto, pero tras haber domeñado la gula concluía el experimento, y se zampaba las delicias que habían servido para la prueba.

Los pequeños Burton eran además bastante mentirosos, pero no de esa clase de mentirosos corrientes que tratan de ahorrarse las situaciones desagradables y las palizas merecidas; eran mentirosos por el puro placer de mentir. «Resuelto y capaz de no enrojecer», dice Burton de sí mismo al comentar esta tendencia a la mentira descarada.

Solía mofarme de la idea de que mi honor quedaría en entredicho siempre que mintiese. Consideraba una impertinencia que se me obligara a decir la verdad. No lograba entender qué clase de tibieza moral pudiera haber en una mentira, a menos que dicha mentira se dijese por temor a las consecuencias de la verdad o para echarle las culpas a otro. Ese sentimiento persistió durante unos años, y por fin, tal como acontece muy a menudo, tan pronto caí en la cuenta de que la mentira era merecedora del desprecio, corrí al otro extremo, al repugnante hábito de decir escrupulosamente la verdad, aunque no viniese a cuento.

A los nueve años de edad Richard era virtualmente un delincuente de tomo y lomo. Tras hacerse a hurtadillas con la pistola de su padre, se iba a probar puntería contra las lápidas del cementerio o las vidrieras de la iglesia más cercana. Con otros chicos de su edad («todos los chavales anglofranceses eran unos rufianes de aúpa») robaba en las tiendas y dedicaba toda clase de obscenidades a las chicas francesas.

Por fin, el coronel perdió los estribos. A comienzos de 1830 llegó a la conclusión de que muchos otros niños ingleses criados en un ambiente extranjero habían salido torcidos; con las pruebas del aumento de la delincuencia entre sus hijos, empezó a temer por su futuro. Además, en 1830 era moneda corriente un intenso sentimiento popular contrario a los ingleses. «Las cosas se empezaron a poner bastante negras», dice Burton; Los comentarios contra los ingleses se oían en las calles, y no tardaron en producirse los primeros incidentes. «Un oficial del ejército francés que tenía por costumbre frecuentar a diversas damiselas inglesas fue insultado y finalmente asesinado en un duelo sin piedad por un pastelero francés». Había llegado la hora de que los Burton regresaran a Inglaterra.

Se disolvió la vivienda familiar, y la familia en pleno emprendió el viaje en diligencia con destino a Dieppe, para embarcarse y «lanzarnos a las gélidas aguas de la vida en Inglaterra».